

*Este capítulo muestra la manera en la que Dios sostiene su creación, incluyendo una parte sobre el determinismo y la bioética.*

### Providencia

#### Definición de providencia

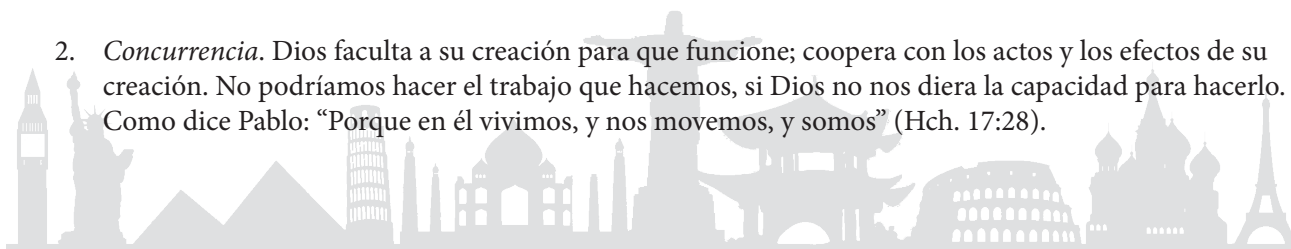
Dios hizo el mundo en seis días normales, y no se retiró del mundo, ni lo dejó para que siguiera adelante lo mejor que pudiera. Dios sigue dedicado a su creación: la sostiene, la hace funcionar, y dirige todos sus asuntos. A esta obra de Dios se llama providencia. Antes de estudiar los diversos actos de la providencia, definiremos lo que es la providencia, y después veremos lo que son los diversos actos de la providencia de Dios.

En el sentido amplio, la providencia de Dios abarca tres partes:

1. *La presciencia de Dios.* Dios es eterno, vive en un perpetuo “ahora”; sabe todas las cosas. Para nosotros hay: pasado, presente, y futuro, pero Dios no está limitado por el tiempo; para él, el futuro es ahora. Lo que está en el futuro desde el principio del mundo (desde nuestra perspectiva) fue conocido para nuestro eterno y omnisciente Dios.
2. *El decreto de Dios.* Nada ocurre por casualidad en este mundo, todas las cosas ocurren por designio de Dios. Eso no significa que Dios apruebe el mal, el decreto de Dios incluye su permiso para lo que ocurre.
3. *La ejecución divina de su decreto.* Lo que vemos que Dios hace en el tiempo es la revelación de lo que él ha previsto y determinado desde la eternidad.

La ejecución del decreto de Dios en el tiempo es lo que llamamos providencia en sentido estrecho, y abarca tres actos:

1. *Preservación.* Dios cuida su creación. Dios le dio a todo lo que creó, a cada criatura, la capacidad para continuar, con la naturaleza y función que le dio en la creación. Dios dotó con la capacidad de reproducirse: a las plantas, a los animales, y a los humanos. La preservación incluye el cuidado y sustento divino para sus criaturas; como escribe el salmista: “Todos ellos esperan en ti, para que les des su comida a su tiempo. Les das, recogen; Abres tu mano, se sacian de bien” (Sal. 104:27,28; Cf. también 145:15,16). Jesús dice en el Sermón del Monte: “Mirad las aves del cielo, [...] vuestro Padre celestial las alimenta” (Mt. 6:26). El salmista escribe: “Tú, SEÑOR, cuidas de hombres y animales” (36:6b NVI).
2. *Concurrencia.* Dios faculta a su creación para que funcione; coopera con los actos y los efectos de su creación. No podríamos hacer el trabajo que hacemos, si Dios no nos diera la capacidad para hacerlo. Como dice Pablo: “Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos” (Hch. 17:28).



3. *Gobierno*. Dios dirige los asuntos de su creación para que todo haga su voluntad y obre para el bien de su iglesia. Jeremías observa: “Conozco, oh Jehová, que el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos” (Jer. 10:23). Las cosas no ocurren por casualidad en este mundo, Dios gobierna los asuntos de este mundo.

### Los objetos de la providencia de Dios

La creación de Dios es inmensa. Considere el número de las estrellas, hay multitudes de ellas. ¿Son los cielos demasiado grandes para estar bajo la providencia de Dios? El salmista responde: “Él determina el número de las estrellas y a todas ellas les pone nombre” (147:4 NVI). ¿Son los océanos demasiado grandes y profundos para estar bajo el gobierno de Dios? El Señor responde: “Solo hasta aquí puedes llegar; de aquí no pasarán tus orgullosas olas” (Job 38:11 NVI). Jesús mostró el gobierno del Dios cuando calmó la tormenta en el mar de Galilea; sus discípulos dijeron, maravillados: “aun el viento y el mar le obedecen” (Mc. 4:41).

¿Son demasiado grandes para estar bajo el gobierno de Dios: la lluvia, el granizo, y la nieve? El Señor dice: “¿Tiene la lluvia padre? ¿O quién engendró las gotas del rocío? ¿De qué vientre salió el hielo? y la escarcha del cielo, ¿quién la engendró? Las aguas se endurecen a manera de piedra, y se congela la faz del abismo” (Job 38:28-30). La respuesta es, desde luego, Dios controla todas las cosas. ¿Cuánto, de la creación de Dios, está bajo su providencia? El escritor a los hebreos nos dice “El Hijo [...] sostiene todas las cosas con su palabra poderosa” (1:3 NVI). Toda la creación es objeto de la providencia divina.

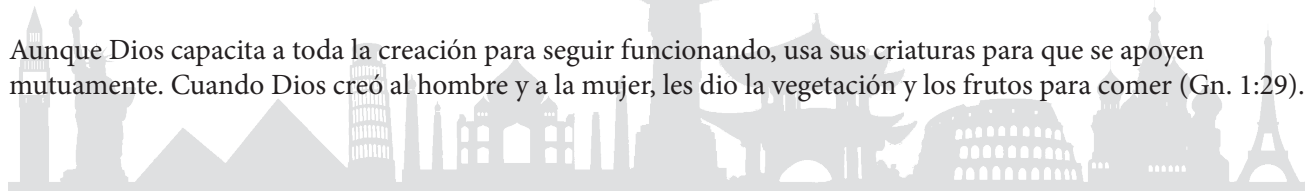
¿Significa esto que Dios está tan ocupado con el vasto universo, que no tiene tiempo para ocuparse de los pequeños detalles de su creación? Jesús respondió esta pregunta, cuando dijo: “¿No se venden dos gorriones por una monedita? Sin embargo, ni uno de ellos caerá a tierra sin que lo permita el Padre” (Mt. 10:29 NVI). Nada en toda la creación está fuera de la providencia de Dios; hasta la más pequeña de las criaturas de Dios vive bajo el cuidado de nuestro Padre celestial. La iglesia en general tiene la promesa del cuidado providencial de Dios; Jesús promete que ni el diablo ni sus huestes podrán destruir a la iglesia (Mt. 16:18). Cada creyente tiene asegurado el cuidado de Dios. Pablo escribe: “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Ro. 8:28).

Son objeto de la providencia de Dios: la creación en general, la iglesia en particular, y el creyente en específico. ¡Es un gran consuelo! Para usar una expresión estereotipada, puedo pensar que soy: solo un sapo en un gran pozo universal, una gota de agua en un mar de gente, o un grano de arena en la orilla de la humanidad, pero Dios no me pasará por alto. Él sabe todo sobre mí, sabe lo que necesito; como dice Jesús: “Pues aun vuestros cabellos están todos contados” (Mt. 10:30). Lo más importante, él me ama y envió a Jesús para morir por mí. Por tanto, tengo la seguridad de que él gobernará y dirigirá mi vida para que un día llegue al cielo.

### Dios usa medios para llevar a cabo su providencia

Dios creó el universo y lo sostiene; nada en él podría funcionar sin la capacidad que Dios le da. Pablo dice de Jesús: “todas las cosas en él subsisten” (Col. 1:17b). Después de la creación, Dios no abandonó el mundo para que funcionara por sí solo; si eso hubiera ocurrido, el mundo no existiría. El salmista escribe: “Si escondes tu rostro, se aterran; si les quitas el aliento, mueren y vuelve al polvo. Pero si envías tu Espíritu, son creados, y así renuevas la faz de la tierra” (Sal. 104:29,30 NVI). La preservación es un acto de toda la Trinidad; las tres personas obran juntas para realizar esta obra (actos externos de la Trinidad). Toda la preservación, entonces, es *inmediata*, algo que puede remontarse directamente hasta Dios.

Aunque Dios capacita a toda la creación para seguir funcionando, usa sus criaturas para que se apoyen mutuamente. Cuando Dios creó al hombre y a la mujer, les dio la vegetación y los frutos para comer (Gn. 1:29).



Después del diluvio, el Señor le dijo a Noé que también podían comer animales (Gn. 9:3). Así, Dios sustenta la vida humana con el alimento, sustenta la vida animal con la vegetación y las otras criaturas que comen. El Señor ha ordenado que debemos trabajar para vivir (2 Ts. 3:10). Por causa del pecado, el trabajo es difícil (Gn. 3:19), pero Dios sigue bendiciendo nuestro trabajo y nos sustenta usando: el suelo para dar cosechas, el aire, el sol, y la lluvia, para que crezcan las cosechas (Mt. 5:45; Is. 55:10). El Señor faculta: al alimento para nutrir, a la medicina para combatir y curar las enfermedades, y al agua para calmar la sed.

Como lo dice Lutero en la explicación del Primer Artículo del Credo Apostólico:

Creo que Dios aún me preserva dándome abundantemente y a diario vestido y calzado, comida y bebida, casa y hogar, consorte e hijos, tierra, animales y todo lo que poseo, y todo lo necesario para sostener mi cuerpo y mi vida. Dios también me preserva defendiéndome contra todo peligro y de todo mal.<sup>1</sup>

Normalmente, Dios provee para nuestras necesidades por los medios que ha ordenado para ese propósito, como alimento y medicina; también puede sostener la vida aparte de esos medios, si así lo quiere. El Señor dos veces en el monte Sinaí durante 40 días y noches mantuvo vivo a Moisés sin alimento (Dt. 9:9,18); hizo lo mismo por Jesús durante sus 40 días en el desierto (Mt. 4:2-4).

Aunque Dios puede proveernos de manera milagrosa, no quiere que desatendamos los medios que usa para preservarnos. Eso tentaría a Dios; es lo que hizo Israel en el desierto, cuando se quejaron del cuidado de Dios para ellos (Dt. 6:16); es lo que quiso el diablo que Jesús hiciera, cuando le dijo que se lanzara desde el pináculo del templo (Mt. 4:7). Abandonar la comida o la atención médica porque pensamos que Dios debe cuidarnos milagrosamente es ir más allá de las promesas divinas, es tentar a Dios. Dios ha prometido que nos preservará por medios ordinarios (Mt. 6:26-34), no ha prometido hacer milagros cada vez que lo pidamos.

Dios les ha dado a los medios que usa para nuestra preservación específicos poderes y propiedades, pero esos medios no operan independientemente de Dios. Él opera por medio de ellos según los poderes que les ha dado. Esa es *la concurrencia divina*, la cooperación de Dios con los medios que usa para llevar a cabo su preservación. Por ejemplo, la lluvia y el sol hacen crecer los cultivos, pero la Biblia dice que es Dios quien hace que el sol se levante y la lluvia caiga (Mt. 5:45). La lluvia y el sol no operan independientemente de Dios, quien obra en ellos y opera por medio de ellos. Las semillas tienen el poder de germinar, pero no pueden hacerlo sin que Dios les dé el poder. Las aves pueden volar, los peces pueden nadar, y las personas pueden caminar, pero nada puede actuar sin que Dios se lo permita (Mt. 10:29; Hch. 17:28).

Dios no puede ser identificado con su creación, él es distinto de lo que creó. No obstante, él está presente en toda la creación, permitiendo a sus criaturas realizar las funciones que les dio. Hablamos de las leyes de la naturaleza: el veneno mata, la medicina sana; algunas comidas alimentan, otras obstruyen las arterias; el fuego es caliente, el hielo es frío. Cada entidad tiene sus propiedades, pero ninguna de ellas podría realizar las funciones que Dios les dio si él no les diera la capacidad de funcionar. Como dice Pablo: “Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos” (Hch. 17:28a).

### **Dios da la capacidad de acción, pero nosotros llevamos la culpabilidad por el acto**

Si Dios le da a la persona las capacidades: de pensar, de actuar, de funcionar, entonces ¿tiene Dios alguna responsabilidad por el mal que su pueblo hace? O, ¿quizás, es totalmente responsable del mal que hacemos, porque somos simples peones en sus manos? A las dos preguntas la Biblia responde *no*. El salmista dice: “El SEÑOR es justo; él es mi Roca, y en él no hay injusticia” (Sal. 92:15 NVI). Dios no es responsable del mal que hacen las personas.

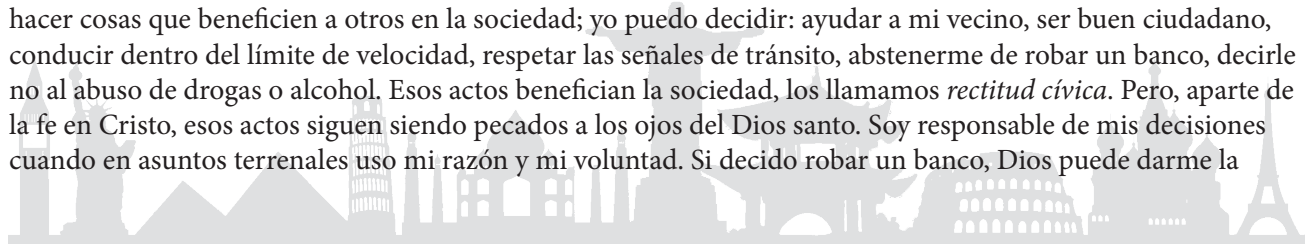
Primero, respecto del mal que en este mundo hace la gente, vemos que a veces Dios evita que ocurra: cuando Abimelec llevó a Sara a su harem, eso amenazó la promesa divina de que un antepasado del Salvador iba a nacer de Abraham y Sara; así que Dios evitó que Abimelec tuviera relaciones con Sara (Gn. 20:6), así evitó que ocurriera lo malo. A veces, Dios puede permitir que ocurra lo malo, pero dispondrá todas las cosas de modo que obren para bien. Dios permitió que José fuera vendido como esclavo; eso llevó a José de la esclavitud a la cárcel y al segundo lugar en el gobierno de Egipto. Lo que Dios permitió obró para el bien, no solo de José sino también de Jacob y de su familia, así como para el plan divino de salvar al mundo por medio del Mesías venidero.

Debemos anotar que el permiso que da Dios para el mal que la gente hace nunca es debilidad de él, como si no pudiera evitar el mal. El mismo Señor que protegió a Israel de los egipcios en el mar Rojo, puede impedir que ocurra el mal. El que Dios permita que ocurra un mal no es apatía de él, como si no se interesara por el mal. Dios es severo en su oposición al pecado. Pablo escribe: “Dios, que es justo, pagará con sufrimiento a quienes los hacen sufrir a ustedes” (2 Ts. 1:6 NVI). Cuando Dios permite el pecado, no es una actitud indulgente por parte de él, como cuando Elí no hizo nada para evitar que sus hijos pecaran. El Señor claramente prohíbe el pecado y con la misma claridad expresa el castigo por la desobediencia (Ro. 6:23). El que Dios permita el mal no es la revocación de su voluntad, como si los Diez Mandamientos se hubieran convertido en diez sugerencias. Los mandamientos de Dios son absolutos, son aplicables a todas las personas de todos los tiempos. (Nota: no estamos sujetos a los Diez Mandamientos como se los dio Dios a Israel—Éx. 20, Dt. 5, estamos sujetos a los mandamientos como Dios los escribió en el corazón humano en la creación de Adán y Eva, y como los ha repetido para nosotros en el Nuevo Testamento—Ro. 13:8-10.)

Somos responsables por el mal que hacemos; Dios puede darnos la capacidad de realizar nuestros actos, pero somos responsables de lo que hacemos con la capacidad que Dios nos da. En primer lugar, no somos simples peones en las manos de Dios; el gobierno divino en el mundo no obliga a las personas a hacer lo que hacen. Esa era la opinión de filosofías como es estoicismo, el fatalismo y el determinismo (veremos esas opiniones con más detalle en la próxima sección). Esas tres filosofías presentan a los humanos como indefensos peones que solo pueden hacer lo que se les ha mandado, pero Jesús le advirtió a Judas que sus actos le acarrearían terribles consecuencias. Desde la perspectiva de la responsabilidad humana, Judas fue responsable de su traición a Jesús (Mt. 26:23,24).

Segundo, Dios nos dice que somos personalmente responsables de nuestros actos. Antes de la caída en pecado, Adán y Eva tenían la capacidad de obedecer o desobedecer a Dios; pero, cuando cayeron en pecado, perdieron la imagen de Dios. Los humanos ya no pueden, por naturaleza, obedecer a Dios. En el estado en que venimos al mundo, todo lo que podemos hacer es desobedecer a Dios. En asuntos espirituales (como la fe, el deseo de hacer la voluntad de Dios, cumplir sus mandamientos), las personas, por naturaleza, no tienen libre voluntad. Somos espiritualmente ciegos al venir a este mundo, no pensamos que necesitamos el Salvador, pensamos que podemos salvarnos nosotros mismos (1 Co. 2:14). Estamos espiritualmente muertos, incapaces de hacer nada para salvarnos (Ef. 2:1). Somos enemigos de Dios, activamente hostiles a su voluntad (Ro. 8:7). Todo lo que podemos hacer, según nuestros poderes naturales espirituales, es pecar. Solo después de que Dios nos convierte podemos cooperar, en alguna medida, con Dios en nuestra vida santificada. Aun así, cooperamos con Dios haciendo su voluntad solo porque él nos permite hacerlo (Ef. 2:10). Por eso, Dios tiene el crédito de todo lo que hacemos (Flm. 2:13).

Cuando usamos la razón en relación con los asuntos terrenales, tenemos libre albedrío. Podemos decidir hacer cosas que beneficien a otros en la sociedad; yo puedo decidir: ayudar a mi vecino, ser buen ciudadano, conducir dentro del límite de velocidad, respetar las señales de tránsito, abstenerme de robar un banco, decirle no al abuso de drogas o alcohol. Esos actos benefician la sociedad, los llamamos *rectitud cívica*. Pero, aparte de la fe en Cristo, esos actos siguen siendo pecados a los ojos del Dios santo. Soy responsable de mis decisiones cuando en asuntos terrenales uso mi razón y mi voluntad. Si decido robar un banco, Dios puede darme la



capacidad de actuar, pero yo cargo con la culpabilidad (culpa, responsabilidad moral) del acto que decidí hacer.

No se puede culpar a Dios por el mal que hace la gente, él no obliga a nadie a hacer el mal. Dios nos hace personalmente responsables por los pecados que cometemos (Sal. 5:4-6), no puede ser culpado del mal, porque él es, en esencia, completamente libre de cometer errores y es inalterablemente opuesto al mal (Sal. 92:15). Dios puede concurrir en la porción *material* de un acto, en que da la capacidad de realizarlo; pero la responsabilidad *formal* (moral) del acto yace en quien lo hace. La Escritura nos enseña: Dios da la capacidad de acción, pero nosotros cargamos con la culpa de nuestras malas acciones.

### **Las cosas deben ocurrir como ocurren; las cosas podrían ocurrir de manera diferente**

Al estudiar la providencia divina, encontramos la pregunta de cómo se relaciona el gobierno de Dios en el mundo con la voluntad humana. Aquí encontramos una paradoja (contradicción aparente). Las dos declaraciones en el subtítulo parecen decir lo opuesto. Si las cosas deben ocurrir como ocurren, no pueden ocurrir de manera diferente; por otra parte, si las cosas pueden ocurrir de manera diferente, entonces no deben ocurrir como ocurren. Pero la Escritura enseña que ambas afirmaciones son verdaderas. Desde la perspectiva de la providencia de Dios, todas las cosas deben ocurrir como ocurren. Desde la perspectiva de la responsabilidad humana, las cosas podrían ocurrir de manera diferente.

Hay quienes niegan que Dios gobierne el mundo; los ateos dicen que no hay Dios y que todo ocurre al azar. Los epicúreos de la antigüedad enseñaban también que todo ocurre por azar. Epicuro (341 – 270 a.C.), un filósofo griego, enseñaba que aprendemos todo por percepción sensible, creía que hay solo dos cosas de las que se puede tener certeza en el universo: los átomos y el vacío. Decía que la combinación al azar de los átomos eternos da lugar a todas las cosas; creía que esa combinación casual de átomos produjo nuestro planeta y el ilimitado número de planetas. Además, creía que dioses antropomorfos habitaban el espacio vacío entre los mundos; pero no se interesaban por este mundo ni por ningún otro; y que cuando la persona muere, los átomos que la componen regresan al vacío. Así, no creía que hay conciencia o vida después de la muerte (los saduceos del tiempo de Jesús estaban influenciados por el *epicureísmo* —Hch. 23:8).

Epicuro creía que todos deben buscar el placer o la serenidad; pretendía liberar a la gente de todo lo que le quitara la felicidad: dolor, temor a la muerte, temor a los dioses. Así, postulaba evitar la vida pública y buscar una vida libre de dolor. Una filosofía como esa ciertamente no es propicia para el deseo de ayudar al prójimo en sus problemas. Más tarde, los romanos degradaron la idea de la búsqueda del placer con la filosofía de “comamos y bebamos que mañana moriremos”.

El *deísmo*, que también rechazaba el gobierno providencial de Dios, comenzó en el siglo 17 en Inglaterra, con los escritos de Lord Herbert of Cherbury (m. 1648). Los deístas creían que el universo es un mecanismo auto sustentado, del que Dios se retiró después de la creación, o que Dios todavía obra en el universo, pero solo por medio de las leyes de la naturaleza. En cualquier caso, el deísmo negó el gobierno directo de Dios en el mundo.

Por otra parte, los que niegan que las personas puedan cambiar las cosas por sus actos (las cosas podrían ocurrir de manera diferente) caen en el error de: los estoicos, los deterministas, y los fatalistas. El *estoicismo* fue fundado por el filósofo griego Zenón, que fundó una escuela de filosofía en Atenas hacia 300 a.C. El estoicismo combinaba el materialismo y el monismo [El monismo “concibe todos los aspectos de la realidad, la materia y el espíritu, lo físico y lo psíquico, como fenómenos o aspectos idénticos en su esencia por ser aspectos de una misma sustancia”]; los estoicos creían que la materia es eterna, y que Dios es una energía que impregna todo y le da su belleza y orden al universo. Creían que nadie puede cambiar el curso predeterminado de los eventos. Las personas debían poner su voluntad en armonía con lo que debía ser. Los humanos son simples “actores en

la escena” y solo pueden representar con dignidad el papel escrito para ellos. El hombre podía hacerlo, porque dentro de él hay una chispa de divinidad. El hombre es autosuficiente, no necesita el Dios personal.

El *determinismo* es el nombre común que se le da a todas las teorías sobre la voluntad humana que dicen que esa voluntad está absolutamente determinada por fuerzas que encuentran fuera de ella. Hay un *determinismo dogmático*, que excluye toda otra causalidad del acto humano, excepto Dios mismo. Juan Calvino (m. 1564), el reformador suizo, enseñaba que Dios eligió a algunos para salvación y a algunos para condenación. Los elegidos para salvación no podían caer nunca, aunque cayeran en pecado mortal. También enseñaba que los elegidos para condenación no podían ser salvados. Hay un *determinismo fatalista*, que hasta pone a Dios en la condición de absoluta necesidad. La mitología griega antigua enseñaba que hay tres diosas llamadas las Parcas (Moiras que significaban distribuidoras del destino), que determinan los eventos de la vida de las personas. Ni aun los dioses del Olimpo podían cambiar sus decretos. Hay también un *determinismo panteísta*, que rechaza toda libertad humana y dice que todas las cosas son parte de un proceso natural producido por una gran fuerza impersonal del universo (Hinduismo).

La Biblia dice que todas las cosas deben ocurrir como ocurren; esto es, desde la perspectiva de la providencia de Dios. Desde la eternidad, Dios sabe todas las cosas: pasadas, presentes, futuras, y potenciales. Dios no solo sabe por anticipado todas las cosas, también determinó lo que va a ocurrir. Como dijeron los primeros cristianos: “Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera” (Hch. 4: 27,28). Pedro dijo en Pentecostés: “a éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole” (Hch. 2:23). Jesús dijo que tenía que cumplirse lo que estaba escrito de su sufrimiento y muerte en las Escrituras (Mt. 26:24,54; Lc. 22:21-23). Desde la perspectiva de la providencia divina, las cosas no ocurren por accidente, todas ocurren como él las ha determinado.

El gobierno de Dios se extiende a todas las cosas del universo que él creó. Se extiende a las estrellas y a los planetas que puso en el cielo (Job 38:31). Se extiende al clima (Job 38:22-30,34,35) y a las grandes masas de agua sobre la tierra (Job 38:8-11). Dios gobierna la historia y los asuntos de las personas en la tierra (Hch. 17:26; Dn. 2:20-22; Ro. 13:1). Dios gobierna la vida de gorriones (Mt. 10:29), dirige todo en la vida de todos (Jer. 10:23), dirige la vida de sus elegidos para que todo obre para su bien (Ro. 8:28). Dios gobierna el mundo movido por su bondad (Sal. 136; Mt 5:45) y guiado por su sabiduría (Ro.1:33).

Como Dios gobierna todo en el mundo, no es posible el azar. El mundo incrédulo puede hablar de azar (1 S. 6:9), y la gente puede hablar de azar desde la perspectiva de que no pretendían estar en alguna parte o hacer algo (2 S. 1:6). Pero no hay azar cuando se trata de cosas que ocurran aparte del gobierno de Dios en el mundo. El señor dijo: “Yo [...] traigo bienestar y creo calamidad, Yo el SEÑOR, hago todas estas cosas” (Is. 45:7 NVI).

Los milagros son también parte del gobierno de Dios en el mundo. Ocurre un milagro cuando Dios obra aparte de la manera que ha diseñado para que funcione la creación (leyes de la naturaleza). Por ejemplo, una masa de agua no crea un canal por el que pueda pasar la gente; cuando separó las aguas del mar Rojo y llevó a Israel por tierra seca, fue un milagro (Sal. 78:12,13). Las piedras no están diseñadas para producir agua; cuando Dios sacó agua de una roca, fue un milagro (Sal. 78:19,20).

Dios hace milagros de gracia: convierte a los pecadores, hace que los muertos espirituales vivan (Ef. 2:4,5), convierte a los enemigos de Dios en sus siervos (Ro. 7:22). También Dios hace milagros en la naturaleza; la naturaleza de las tormentas es disiparse con el tiempo, Jesús calmó la tormenta instantáneamente (Mc. 4:39). Es de la naturaleza del fuego quemar la carne humana, pero Dios guardó a: Sadrac, Mesac, y Abednego, de ser consumidos por el fuego en el horno de Nabucodonosor (Dn. 3:26,27). Es de la naturaleza de leones hambrientos devorar su presa, pero Dios impidió que los leones devoraran a Daniel (Dn. 6:22). Es de la

naturaleza de la enfermedad ser tratada por la medicina o seguir su curso, pero Jesús curó la enfermedad por el poder de su Palabra (Jn. 5:8). Es de la naturaleza del cuerpo humano que los que pasan de cierta edad y estado de desarrollo en su vida, no produzcan más hijos. Pero Dios les dio un hijo a Abraham y a Sara (Ro. 4:18-21). El mayor milagro que ha hecho Dios es que su Hijo se hizo uno de nosotros y nos salvó de nuestros pecados.

Solo Dios puede hacer milagros (Sal. 72:18; 136:4; Éx. 15:11). Pero el Señor les dio a sus profetas y apóstoles la capacidad de hacerlos (Éx. 4:21; Mt. 10:8; Hch. 19:11). Los que hicieron milagros por el poder de Dios, rápidamente indicaron que Dios merecía el crédito por lo que hicieron (Gn. 40:8; 41:16; Dn. 2:26,28; Hch. 12,13,16). A veces, el Señor le ha permitido a incrédulos hacer milagros. Janes y Jambres pudieron duplicar la señal de Moisés al faraón y las dos primeras plagas (Éx. 7:22; 8:7). El Señor puede hacerlo para probar a los creyentes (Dt. 13:1-3) o para endurecer el corazón de los incrédulos (considere al faraón). Dios hizo milagros para rescatar a su pueblo (Daniel, los tres jóvenes en el horno ardiente); los hizo para darle credibilidad a su mensaje (considere a Moisés ante el faraón). Jesús los hizo para confirmarle a sus discípulos que él era el Mesías (Mt. 11:4-6).

Dios hace milagros, no está limitado por las leyes de la naturaleza, que él mismo creó. Los que siguen a David Hume (m. 1776), el filósofo escocés, y niegan que los milagros sean posibles, hacen del Creador un cautivo de su creación. El Dios que hizo el mundo, trasciende al mundo. Como le dijo el Señor a Sara: “¿Hay para Dios alguna cosa difícil?” (Gn. 18:14).

El tema de las profecías de eventos futuros también se debe discutir en relación con el gobierno de Dios sobre el mundo. Todas las profecías del futuro, dadas por Dios, son simplemente anuncios de lo que él va a hacer (Is. 42:9). Esas profecías no son como la especulación humana sobre lo que puede pasar en el futuro. Los psíquicos que tratan de predecir el futuro simplemente especulan sobre lo que puede ocurrir, o trabajan con la ayuda del diablo y sus demonios. Así, solo Dios puede predecir el futuro con ciento por ciento de exactitud (Is. 44:26). Lo que Dios predice siempre se cumple (Mt. 26:54; Mc. 14:49; Lc. 24:25,26). Las profecías de Dios culminaron en Cristo, quien fue el gran Profeta enviado a proclamar el evangelio (Dt. 18:15; Mt. 17:5).

Las cosas deben ocurrir como ocurren, eso es lo que enseña la Biblia respecto del gobierno de Dios en el mundo. ¿Eso significa que el estoicismo y el determinismo aciertan cuando dicen que no podemos cambiar las cosas en nuestra vida? No, no aciertan. Aunque la Biblia dice que Dios ha determinado todas las cosas desde la eternidad, también nos dice que cambiamos las cosas en nuestra vida y somos responsables por lo que hacemos. Desde la perspectiva de la responsabilidad humana, Judas optó por traicionar a Jesús (Mt. 26:24), y Pilatos optó por condenar a muerte a un inocente (Jn. 19:12). Ambos fueron responsables de lo que hicieron, Dios no los obligó a pecar. Por su propia voluntad hicieron lo que hicieron.

La Fórmula de Concordia declara:

Por consiguiente, rechazamos y condenamos todos los errores siguientes como contrarios a la norma de la palabra de Dios:

1. La doctrina insensata de los filósofos llamados estoicos, como también la de los maniqueos, quienes enseñaban que todo lo que sucede, tiene que suceder tal cual, sin posibilidad alguna de suceder de otro modo, y que todo lo que el hombre hace, aun en cuestiones externas, lo hace por compulsión, y que es obligado a cometer obras malas y desplegar actitudes malas, tales como lascivia, rapiña, crimen, hurto y cosas similares (FC Ep II: 7,8).

¿Cambia la oración las cosas? Desde la perspectiva de la providencia de Dios, todas las cosas deben ocurrir como ocurren; pero, desde la eternidad Dios ha tomado en consideración las oraciones de los creyentes y las ha tejido en su gobierno. A Ezequías se le dijo que iba a morir; él le pidió a Dios vida más larga, y Dios le

concedió 15 años más (Is. 38:1-5). Desde nuestra perspectiva, podemos decir que la oración cambia las cosas. Se ha dicho que Dios organiza de antemano el curso de los eventos, de acuerdo con su conocimiento previo de las oraciones de los creyentes. Pero, como es demasiado complicado pensar en esto cuando nos enfrentamos a las pruebas de esta vida, sencillamente debemos recordar que la Escritura promete: “La oración eficaz del justo puede mucho” (Stg. 5:16).

Otro asunto que se debe discutir en relación con el gobierno de Dios es el final de la vida humana. Desde la perspectiva del gobierno de Dios, el fin de nuestra vida está fijado. Job dice: “Los días del hombre ya están determinados; tú has decretado los meses de su vida; le has puesto límites que no puede rebasar” (Job 14:5 NVI). Moisés escribe: “Tú haces que los hombres vuelvan al polvo, cuando dices ‘¡vuélvanse al polvo, mortales!’” (Sal. 90:3 NVI). Dios ha determinado el año, día, hora y segundo exactos en que vamos a morir; no podemos rebasar los límites que él ha puesto.

Pero desde nuestra perspectiva, podemos alargar o acortar nuestra vida. Ezequías alargó su vida orándole al Señor (Is. 38:1-5). Er y Onán acortaron su vida por sus malas obras (Gn. 38:7,10). Pablo exhortó a los marineros para que comieran y no murieran (Hch. 27:33,34). Ahitofel se suicidó y acortó su vida (2 S. 17:23). Absalón murió porque desobedeció a su padre y se rebeló contra su gobierno (2 S. 18:14). Los asesinos acortan la vida de las personas, y el gobierno puede a su vez acortar su vida (Gn. 9:6). Así, no nos aproximamos al final de la vida de manera fatal, debemos cuidar prudentemente la vida que Dios nos ha dado. Si hacemos cosas que dañen el cuerpo, podemos acortar la vida; si cuidamos el cuerpo, podemos alargarla. Como no sé cuánto tiempo ha determinado Dios que yo viva, cuidaré bien mi cuerpo y la vida que él me dio, para que no acorte mi vida por negligencia o malas decisiones.

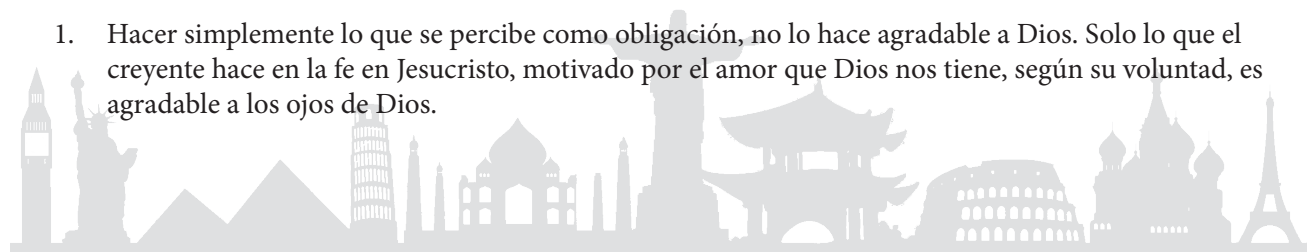
Los dos principios de esta lección se pueden ilustrar como sigue: si yo fuera a abordar un avión, y alguien me dice que un psíquico predijo que el avión se va a accidentar ese día, abordaría el avión; mi actitud sería que mi vida está en las manos de Dios. Pero, si abordo un avión y veo que un motor está suelto, o que el piloto es incapaz de volar el avión, me bajaría; la sabiduría me indicaría la acción. Cuidamos bien la vida que Dios nos dio mientras vivimos sabiendo que la longitud de nuestra vida está en las manos de Dios.

### La Biblia y la bioética

También se deben discutir los asuntos relacionados con el fin de la vida humana, en relación con el tema del gobierno de Dios sobre la vida humana y el papel de la voluntad humana. Moriremos cuando Dios lo haya determinado, pero desde nuestra perspectiva, podemos alargar o acortar nuestra vida. Las decisiones que hacemos en relación con situaciones del final de la vida deben ser guiadas por la Palabra de Dios y motivadas por su evangelio. La mayoría de las veces la agente afronta esos asuntos en relación con sistemas éticos que han diseñado. Los sistemas éticos caen básicamente en dos categorías: los sistemas orientados a los deberes (*deontológicos*) y sistemas orientados a objetivos (*teleológicos*). Los sistemas orientados al deber exigen que juzguemos como correcto o equivocado un acto, según el deber que debemos realizar. Los sistemas orientados a objetivos se centran en el objetivo o el resultado deseado y luego juzgar el bien o el mal de una acción sobre la base de si alcanza una meta noble.

Ninguno de esos sistemas está de acuerdo con la Escritura. La ética deontológica se aparta de la Escritura por las siguientes razones:

1. Hacer simplemente lo que se percibe como obligación, no lo hace agradable a Dios. Solo lo que el creyente hace en la fe en Jesucristo, motivado por el amor que Dios nos tiene, según su voluntad, es agradable a los ojos de Dios.





2. El cristiano, conforme al nuevo hombre, no es forzado por la ley a hacer la voluntad de Dios. La santificación fluye libremente del deseo de dar gracias a Dios por su gracia y misericordia.
3. No podemos determinar nuestro deber en cada caso, porque somos pecadores.
4. Aunque la vida de alguien cumpla exteriormente la ley de Dios, aparte de la fe en Cristo, todo lo que hacemos es pecado.

La ética teleológica se aparta de la Escritura por las siguientes razones:

1. No importa cuán noble sea el propósito, el fin no justifica los medios. Un resultado deseable no hace permisible la mentira o el engaño para alcanzarlo.
2. Los sistemas teleológicos rechazan la ley de Dios porque limitan la vida de la persona. Ven los mandamientos de la Biblia como relativos y no absolutos.

Los sistemas orientados al deber están representados por los siguientes:

*Emotivismo:* Establece el deber con base en las emociones. Esta forma de ética fue popularizada por el filósofo francés Rousseau (m. 1778). Pero las emociones están contaminadas por el pecado y son una guía muy falible.

*Voluntarismo:* La persona hace su deber según las leyes o normas que se han formulado externamente a la persona. El problema es que la norma puede no estar de acuerdo con la voluntad de Dios.

*Autonomismo:* El individuo mismo establece el deber. Emmanuel Kant (m. 1804) estableció el escenario para el autonomismo moderno con su “imperativo categórico”. Kant rechazó a Dios y a la sociedad como fuentes para establecer el deber; creía que la gente puede establecer el deber dentro de sí mismas. Pero, por causa del pecado, por naturaleza las personas no reconocen qué es hacer lo correcto.

*Positivismo:* Las autoridades funcionales en nuestra vida (el gobierno, la institución, la profesión, o el sistema) deciden cuál es nuestro deber. Este sistema depende mucho de la opinión popular. Si la opinión popular está contra el aborto, el positivista estará contra el aborto; si la opinión popular apoya el aborto, el positivista lo apoya. Pero, Dios no establece su ley por una encuesta de opinión; hay normas absolutas para la conducta humana, que Dios ha establecido en su Palabra.

*Legalismo religioso:* Esta posición apoya la sumisión total a la voluntad de Dios, pero ignora el evangelio como el poder que nos mueve a buscar la voluntad de Dios y hacerla. Esta posición ha sido popular en los círculos protestantes conservadores.

Los sistemas orientados a objetivos están representados por los siguientes:

*Ética de la ley natural:* Esta posición sostiene que las personas pueden aplicar las leyes de Dios de acuerdo con la inteligencia y el libre albedrío que residen en la naturaleza humana caída, pero rechaza la depravación total de las personas desde la caída en pecado. Esta posición es muy popular en la Iglesia Católica Romana.

*Proporcionalismo:* Esta posición rechaza todo absoluto que determine lo bueno o lo malo de un acto. Los que la proponen, creen que las circunstancias en las que ocurre el acto determinan su calidad de bueno o malo.

*Consecuencialismo*: Esta posición ha sido también llamada *utilitarismo*. Sostiene que lo que proporcione el mayor bien para el mayor número de personas, debe ser correcto. Si el aborto le da el mayor bien al mayor número de personas, debe ser bueno.

*Ética de la situación*: Esta posición fue popularizada por Joseph Fletcher en la década de 1960. Fletcher rechazó los Diez Mandamientos como norma del comportamiento humano, creía que solo el amor es bueno. La norma fundamental del comportamiento es el amor. Solo el fin justifica los medios. Las decisiones se deben tomar situacionalmente y no prescriptivamente. Esta posición ignora totalmente el hecho de que Dios nos dice en sus mandamientos cómo debemos amarlo a él y al prójimo.

Surgirán preguntas sobre el gobierno divino y la voluntad humana en relación con los temas de la eutanasia activa y la eutanasia pasiva. La eutanasia activa se ha definido como la conducta que consiste en acelerar o causar intencionalmente la muerte con tratamiento o medicación. La eutanasia pasiva es la decisión de no prolongar la agonía. Al considerar estos temas, recordamos que solo Dios tiene el derecho de darle fin a la vida; nosotros no tenemos el derecho de asumir el lugar de Dios y terminar la vida de alguien. La persona que sufre una enfermedad debilitante no tiene el derecho de suicidarse para escapar del sufrimiento. La decisión de terminar la vida es de Dios; él terminará la vida cuando, en su sabiduría y amor, ha determinado que termine. Él también consolará a los que sufren y los sostendrá en la prueba.

Por otra parte, cuando es claro que la persona está muriendo, no tenemos que utilizar todos los medios posibles para mantenerla con vida. Si una persona que sufre de un cáncer terminal está en el último estado, puede instruir a los médicos para que no traten de resucitarla si su corazón se detiene. Los creyentes tienen la seguridad de que la muerte es la puerta a la nueva y mejor vida con el Señor.

~~~~~

## Notas finales

<sup>1</sup>Luther's Small Catechism: A Contemporary Translation, producido por the Board for Parish Education, Wisconsin Evangelical Lutheran Synod (Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1997), pág. 5.

